

Filosofía, Letras, Arte y Poesía

ADMONICIONES PARA EL ESTUDIO DE LA GRAMÁTICA HISTÓRICA DEL CASTELLANO O ESPAÑOL

por URBANO GONZALEZ DE LA CALLE

La historia de la lengua ha ido de ordinario muy particularmente ligada a la historia de la literatura respectiva, y ha pecado de excesivamente filológica, no llenando siempre todas las más inexcusables exigencias de una investigación lingüística, con el debido rigor orientada y cumplida. Con la gramática histórica ordinariamente ha ocurrido lo contrario: esa disciplina ha nacido en un ambiente esencialmente lingüístico, que ha incitado o ha contribuido en ocasiones a descuidar, más de lo debido también, la siempre interesantísima faceta filológica de los estudios lingüísticos. No haré a los que me leen la ofensa de suponer que ignoran las claras diferencias existentes entre la Filología y la Lingüística, y la necesidad en que nos hallamos los cultivadores más modestos de esas disciplinas de superar, en síntesis comprensivas, las indiscretas antítesis, algún tiempo acusadas entre esas dos ramas del saber científico contemporáneo. La historia de la revista germana **Glotta** se inició, como es sabido, en el año 1900 para salvar las incomprensiones, los celos y las desconfianzas que algún tiempo separaron a lingüistas y a filólogos, con daños considerables e innecesarios para la Lingüística y para la Filología.

Pues bien, superada y salvada en buena parte en los días que corren la dificultad histórica de referencia, podremos ser magnánimos con la diversidad de rotulación discutida, en estas consideraciones proemiales: no desdeñemos la expresión "Historia de la lengua" si a la totalidad de ésta, no sólo a su faceta literaria ha de referirse tal historia; ni nos oponemos

al rótulo de “Gramática Histórica”, con la condición de no rechazar en semejante disciplina las enseñanzas que siempre depara la lengua literaria más y mejor estilizada. Procediendo con tan generosa amplitud contemplativa, no corremos el riesgo de mutilar indebidamente lo por conocer, con graves aunque evitables menoscabos para la integridad y la eficacia de los productos doctrinales obtenidos sin las reservas metódicas propuestas.

Ahora bien: ¿cuál es la filiación científica en el ambiente de la cultura contemporánea de los estudios de la lengua castellana, o de gramática histórica del castellano o español? Comprenderán cuantos nos leen que semejante filiación no puede sernos indiferente, si aspiramos a que nuestro modesto esfuerzo en este caso alcance y tenga todas las posibles garantías, que sirven para evitarnos una dolorosa y deprimente frustración. Vivir a espaldas del presente y del pasado, creyendo que siempre y en todo momento la historia de la humanidad y de la cultura se inician con nuestras modestísimas labores, es condenar estas últimas a un inevitable y merecido fracaso. Tratemos, en cambio, de insertar en el aleccionador pasado y en el fecundo presente de las labores lingüístico-filológicas, nuestro personal y humildísimo esfuerzo, y podremos abrigar así la esperanza fundada de que, cuando menos, no incurriremos en la vana empresa de descubrir mediterráneos há largo tiempo descubiertos, y al recoger piadosamente el legado de la cultura histórica de nuestro tiempo, podremos también modestamente contribuir al alumbramiento de las rutas del saber futuro. Nuestra personal (más o menos valiosa, más o menos insignificante) aportación, enraizará así en el suelo fecundo y sugerente de las aportaciones previas, manteniendo la necesaria continuidad ideal humana, prenda de eficacia para los más denodados esfuerzos creadores del espíritu científico.

Pues bien, veamos cómo se han iniciado los estudios científicos que pretendemos continuar. Y tengamos en cuenta un precedente, muchas veces olvidado, pero digno siempre de atenta recordación. El latín, padre común de los romances, hasta el extremo de que estos últimos han sido graduados como el “latín de nuestros días”, fue cultivado con más o menos dificultad durante las centurias medievales en su modalidad clásica y literaria. El latín vulgar alcanzó en esa época una total e indiscutida desconsideración. El fantasma del **latín corrupto**

hace ya entonces su aparición entre los “idola fori” de los estudiosos, y la creencia en la tal presunta corrupción se ha mantenido hasta los días que corren en espíritus de manifiesta y dolorosa superficialidad. El cultivo artificial, artificioso y, muchas veces, imperfectísimo del latín clásico, del latín literario, acaparaba para esta modalidad lingüística la consagración de todas las legitimidades asequibles en el orden idiomático, de las que se creía, en cambio, totalmente ayuna a la correspondiente esfera del latín vulgar. Piensen los que leen estas líneas en las tristes consecuencias, que necesariamente habían de derivar de tan absurda posición. Se cree que el latín “ciceroniano” y “augústeo” es una faceta idiomática ungida de eternidad, mientras que el tardo latín de la decadencia, el latín imperial y el latín vulgar, son meras deformaciones lingüísticas, acreedoras a la más terminante y definitiva de las repulsas. Queda así en la más densa tiniebla la naturaleza íntima de las lenguas romances, con su evolución y su historia propias. Y no hay que decir que el bajo latín del medievo no alcanza más estimación que el vulgar, el tardo o el imperial decadente antes citados. Para los doctos de las centurias medievales no hay más latín, con derecho a la vida y a la valoración de realidad idiomática legítima que el latín de Cicerón, o el de Virgilio y Horacio, así lucharan con dificultades generalmente invencibles para imitar esa faceta lingüística tan exquisita y delicadamente estilizada. **Laudatores temporis acti** los eruditos que siguen semejante orientación anticientífica, no ven con buenos ojos ninguna manifestación de la latinidad postclásica, tarda o vulgar.

Con el Renacimiento es lógico que no se modifique fundamentalmente la actitud descrita. Los renacientes, más todavía que los sabios del medievo, se sienten especialmente atraídos por los notorios encantos de la latinidad clásica, que intentan imitar, que creen imitar y que muchas veces no imitan con la fidelidad y plasticidad que suponen.

Mas así y todo, aun con las en ocasiones pueriles exaltaciones de la “imitación ciceroniana”, v. gr., el Renacimiento abre el camino para la reivindicación lingüística de los idiomas vulgares: el ejemplo de un Bembo, o de un Brocense, significa que los espíritus más perspicaces saben cohonestar su admiración por la latinidad clásica con una justa valoración de los romances. El humanista extremeño mencionado llega a sostener la paradoja, que siguen estimando nefanda espíritus aún no

despiertos de la somnolencia medieval, **Latine loqui corrumpit ipsam latinitatem**, e infringe constantemente la norma arcaica e inconducente del uso universitario del latín “conversacional”, exponiéndose a las más severas censuras de los visitantes del estudio salmantino durante la segunda mitad del siglo XVI.

Claro es que esas y otras voces aisladas y generalmente rebeldes, henchidas de futuro e incomprendidas, luchan con el medio ambiente incluso universitario, generalmente misoneísta a ultranza y retardatario. Cuando el Brocense aboceta insospechadas auroras, en la misma Universidad de Salamanca se discute por filósofos y teólogos si la lengua vulgar (nada menos que el castellano del siglo XVI!) es vehículo digno para la composición de los libros espirituales... y se llega a convenir en que no, en que los libros espirituales deben ser escritos en **latín** (!). No debe extrañarnos que el peso de los prejuicios ancestrales haya dejado sentir tanto tiempo su nefasto influjo, pero debemos también vivir advertidos de que la superficialidad y la incomprensión, son males que demandan intensa, larga y eficaz repulsa.

Ahora bien, con los precedentes expuestos, fácil será comprender que no ya la antigüedad clásica, mas ni siquiera —pasada la “luminosa noche medieval”— el propio Renacimiento puede, ni logra abrir amplia ruta en el estudio científico de las lenguas romances. Tal estudio puede y debe ser referido, en cambio, en sus cardinales fundamentos de orden doctrinal y de orden metodológico a la aparición de la Lingüística indoeuropea en el primer tercio del siglo XIX.

En mis clases de Lingüística de la Escuela Normal Superior de esta ciudad, tengo que referirme con algún detenimiento al trascendental suceso mencionado, mas no creo oportuno, ni por ende, pertinente repetir aquí y en este momento exposiciones que tienen, en la ocasión previamente indicada, toda la legitimidad de que se hallarían en buena parte de modo necesario desprovistas ahora, en este preciso instante de mi actuación profesional. Bástenos, pues, con advertir aquí que las geniales labores de un **Rask**, de un **Bopp**, de un **Grimm**, de un **Scheleicher** o de un **Pott**, sirven para orientar a los espíritus en la ardua ruta de contemplar y concebir las realidades lingüísticas, principalmente en sus facetas fonéticas, fonológicas y morfológicas, en la objetiva causalidad que las determina, fuera y aparte y hasta en radical oposición con los prejuicios tradicio-

nales, que veían en los idiomas seres de perfección inicial sobrehumana, destinados a **corromperse** en medio de las flaquezas de nuestra condición finita y deleznable. Cuando empiezan a aparecer los primeros rayos de luz espiritual destinados a disipar las mencionadas tinieblas, **Friedrich Diez** (1794-1876), publica su fundamental tratado con el rótulo **Grammatik der romanischen Sprachen**, Boon, 1836-1844; una quinta edición de esta obra apareció en el año 1882. En cambio, hasta el año 53 no apareció el **Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen**, del mismo famoso autor.

Por consiguiente, la Lingüística románica se inicia con un magistral estudio en la primera mitad del siglo XIX y, por tanto, en el primer subperíodo de la novísima historia de la Lingüística general indo-europea durante la mencionada centuria. Tan temprana aparición de la disciplina en que halla su raíz y su tronco la que aquí intentaremos cultivar, es una circunstancia digna de particular mención y de atenta glosa. Desde luego esa pronta aparición viene, en parte, a compensar los perniciosos efectos de la tradicional y arraigada concepción errónea de la **corrupción** del latín, a que hemos hecho referencia anteriormente y de la que tuvimos que tratar con cierta amplitud en las exposiciones del curso de 1943, tituladas **Contribución al estudio del "bogotano"**.

Mas, por otra parte, la advertida festinación no supone falta de madurez, porque es por completo lógica y explicable. El estudio principalmente lingüístico, pero también filológico de los romances, contaba desde luego con una positiva ventaja, comparado con la labor impuesta en otras tareas similares: la matriz común de tales romances, el latín, en las dilatadas zonas de coincidencia lexicológica, semasiológica y hasta sintáctica, del latín vulgar con el literario, nos es conocido histórica y documentalmente desde el siglo VI antes de J. C., mas no ocurre lo mismo, no digamos ya con la lengua primitiva indo-europea, pero ni siquiera con el itálico, o con el germánico común, v. gr., idiomas todos éstos, como sus similares, obtenidos en los procesos conjeturales siempre de las reconstrucciones hipotéticas, logradas a través de arduas y reiteradas comparaciones lingüísticas. Comparaciones lingüísticas —advértase incidentalmente— que necesitan no pocas veces partir de dar por supuestas las mismas tesis, que intentan cimentar y probar. El caso excepcionalmente favorable del estudio lingüístico histó-

rico-comparativo de los romances, ya que se conoce una parte considerable de la silueta y de la contextura del antepasado común latino, abre ancha ruta no sólo en el sector de las coincidencias sino hasta en el no menos fecundo de las discrepancias entre la madre latina y las hijas neolatinas a la aleccionadora tarea de las reconstrucciones del vulgar en muchos casos tan verosímiles como inexcusables.

Porque no necesitaré recordar a cuantos me lean que del latín vulgar, inmediato y capital precedente de la más considerable parte de los léxicos de los romances, no tenemos siempre, ni siquiera en la generalidad de los casos, testimonios documentales de valor histórico indubitable. Mas los vocablos de tal latín vulgar precisa y determinadamente testimoniados, por su correlación con los correspondientes de la latinidad clásica y literaria, señalan derroteros en las inevitables reconstrucciones de especial verosimilitud. Esto sin contar con que en parte no desdeñable del léxico de los romances, el latín literario ha dejado ecos de notoria consideración. Y aparte también de que en las derivaciones semicultas, los contrastes y las correlaciones de los procesos de derivación culta y vulgar, aumentan el fructuoso arsenal de los supuestos para fundar razonables e inexcusables reconstrucciones. Estas, en los estudios científicos de la gramática histórica del castellano o español, han alcanzado tal generalidad y tal autoridad, que no se ha creído oportuno ni didáctico emitirlas en los más elementales grados de la enseñanza profesional.

Y no extrañaré que admitamos que en Díez están los sólidos cimientos, pero no la totalidad del edificio de la Lingüística y de la Filología románicas. Estas disciplinas necesariamente recogen los progresos logrados en los estudios de Dialectología itálica por los doctores Lassen, Grotendorf, Lepsius, Mommsen, Kirchhoff, Bréal, Bücheler, Planta, Conway y Buck. La Dialectología es un paso decisivo en la consideración de las realidades vivas en que consisten los romances, contemplados a la plena luz de la investigación científico-lingüística. Dar consideración y valor de objeto digno de estudio a un dialecto, es incluir los romances, en buena parte nacidos de la lengua hablada y dialectalmente segmentada, en el plano de la más indiscutible y legítima labor científica.

Pero no es esto todo: la empresa acometida ya en la segunda mitad del siglo XIX (a partir del año 1894), de reunir

materiales para trazar un ingente **Thesaurus linguae latinae** con la cooperación de cinco academias germanas (las de Berlín, Gottinga, Leipzig, Munich y Viena), y que abarcara todos los testimonios de la latinidad literaria y epigráfica desde el siglo VI antes de J. C. hasta el medievo, no podía considerarse extraña a las vicisitudes y progresos de la Filología y la Lingüística románicas. Ese "Tesoro", de haberse alcanzado, hubiera constituido un arsenal de incalculable importancia para nuestros estudios, pero es sabido que las dos últimas guerras mundiales se han erigido en trágicos e insuperables obstáculos para la realización del colosal designio de referencia. Comenzada la tarea del **Thesaurus**, como ya hemos dicho, el año 1894, se calculó que los preliminares de esa ingente labor lexicográfica demandarían un lapso de tiempo de cinco a siete años, mientras la terminación de la obra invertiría de doce a quince. Cuando comenzó la primera guerra mundial debió estar, por consiguiente, ya terminado el **Thesaurus**, del que, sin embargo, por el año 1915 solamente se hallaban en curso de publicación los volúmenes V y VI (el último, dedicado a la F). Las referencias que últimamente he recogido de la situación en que en la actualidad se halla esa publicación, en verdad colosal, no acreditan que entre la terminación de la primera guerra mundial y el comienzo de la segunda se pudieran conseguir grandes avances. Es perfectamente explicable y bien doloroso que así ocurriera (1). Acaso la empresa del **Thesaurus** responde a la ambición desorbitada que se ha de erigir en causa determinante de la caída vertical de Alemania (2), pero no cabe desconocer que los parciales resultados cosechados en tal tarea, han podido ser y han sido aprovechados en el proceso ascensional de los estudios de Lingüística y Filología románicas cumplido durante la segunda mitad del siglo pasado y la primera del presente. Los progresos logrados en el segundo subperíodo de la

(1) La última noticia que del ingente *Thesaurus* hemos tenido, procede de una reseña del erudito español D. A. Tovar, publicada en la revista *Emerita*, T. XII, semestre 1º, 1944, p. 157 y referida a la obra *Corpus Inscriptionum Latinarum consilio et auctoritate Acad. Litt. Borussicae editum, vol. primi (ed. sec.) partis posterioris fasc. III, vol. decimi tertii pars quinta*. Berlín W. de Gruyter MCMXLIII. En dicha "reseña", leemos estas líneas: "La publicación del *Thesaurus* está detenida desde los bombardeos de diciembre; noticias fidedignas nos aseguran que la edición del *Thes.* en depósito resultó destruída en los locales centrales de la Teubneriana en Leipzig."

(2) Advertia el lector que estas líneas fueron trazadas en el año 1944. En 1946 esa "caída vertical", de que se habla en el texto, es una realidad, no un fácil vaticinio.

lingüística general indo-europea (a partir del año 70 de la pasada centuria hasta los días que al presente corren) han condicionado los notables avances que nuestros estudios han realizado bajo la genial actuación de sabios tan esclarecidos como S. Littré, Gaston Paris, Paul Meyer, Ascoli, Meyer Lübke y Nyrop, para citar a los más destacados estudiosos de Francia, Italia, Alemania y Dinamarca.

Debo aquí también adicionar una sobria referencia a la obra que no pude utilizar cuando fueron trazadas las líneas precedentes: me refiero a la fundamental producción de Iorgu Iordan **Introducere in studiul limbilor romanice. Evolutia si starea actuala a lingvisticci romanice**, que me ha sido asequible en la versión inglesa rotulada **An introduction to Romance Linguistic its schools and scholars Revised, translated and in part recast by John Orr**", Methuen & Co. Ltd. London. En la citada **Introducción** se nos ofrece un documentado estudio de la historia de las doctrinas de la Lingüística y de la Filología románicas desde Díez a nuestros días, que puede servir de utilísimo desarrollo y complemento a nuestras sobrias indicaciones precedentes en tal materia. Mas tan fructuoso resultado no es el único que depara la luminosa "Introducción" a que venimos refiriéndonos. En ella apuntan orientaciones novísimas en los estudios de Filología románica, que no siempre se muestran muy favorables a las tradicionales tendencias científicas de la gramática histórica de los romances. Supongo, sin embargo, que las aludidas orientaciones en el sector de la denominada "geografía lingüística" podrán ser llevadas a estable y fecundo concierto con las más fundamentales investigaciones de la gramática histórica de los romances y de los dialectos románicos, pero no me consta que al presente sea una realidad dichosa tan explicable y justificado anhelo.

Pues bien, en esa corriente cultural y científica que hemos sobriamente evocado, cabe insertar las actuaciones geniales de un Cuervo, o de un Menéndez Pidal, para referirnos a los más insignes representantes de la Filología y de la Lingüística del castellano o español en España y en la América española. Cuervo y Menéndez Pidal sufren ya el directo influjo de Gaston Paris, y ambos abren para sus patrias respectivas las arduas rutas de la investigación científica en el campo de la gramática histórica del castellano o español. A la sistematización de las doctrinas referibles a la gramática histórica del castellano o

español, en el **Manual de gramática histórica española** del maestro Menéndez Pidal, han de referirse muy principalmente nuestras exposiciones ulteriores, en las que propondremos algunas modestas rectificaciones a errores materiales advertidos en la última edición (la 6ª de 1941), de tan famoso texto. Como del maestro Cuervo no tenemos aún publicada una sistematización doctrinal similar a la que aquí intentamos glosar, no parecerá extraño que iniciemos nuestras labores en esta obra concediendo una explicable prelación al estudio de las concepciones lingüístico-filológicas del maestro Menéndez Pidal en el campo de la Lingüística y de la Filología del castellano o español. Mas esta labor que ahora iniciamos, podrá y deberá tener sus naturales desarrollos y complementos en otra similar de las respectivas concepciones del maestro Cuervo en el mismo sector de la Filología y de la Lingüística del español o castellano. Tales son, cuando menos, nuestros propósitos, acaso ambiciosos, mas lealmente sinceros.

En el capítulo precedente tratamos de evocar la filiación científica de los estudios de Gramática histórica, o de Historia del castellano o español, y deberán excusarnos cuantos nos sigan leyendo que insistiéramos tanto en referir tal origen mediatamente a la Lingüística general indo-europea, e inmediatamente a la Lingüística románica. Nuestros asertos en el caso alcanzarán inmediata certidumbre para quienes se hallen tan sólo elementalmente informados acerca de los temas cardinales de la Lingüística indo-europea, pero no ocurrirá lo mismo a muchas personas que no se encuentren en esa modestísima situación y que tengan el muy justificado anhelo de iniciarse en este orden de conocimientos. Pero hay más, desgraciadamente, puesto que en el campo de nuestros estudios ocurre lo que acontece en otros sectores similares de la humana actividad: personas hay que pudiendo y debiendo informarse de los derroteros que sigue la vida científica contemporánea, prefieren vegetar con la vista vuelta al pasado menos prestigioso y entregadas al más desolador y desacreditado empirismo. Los no iniciados y los que no quieren iniciarse severa, científica, objetivamente en estos estudios, pueden requerir y hasta utilizar las modestísimas referencias de nuestra exposición anterior, que halla así y en relación a tales elementos su plena legitimación y justificación.

Pero advirtamos además que somos nosotros mismos los que de la labor comenzada podremos y deberemos recoger útiles, fructuosísimas consecuencias. La noble filiación advertida de la disciplina que nos proponemos cultivar, nos informa de la elevación, de la profundidad y de la intensidad que necesariamente deberán alcanzar nuestros conceptos acerca de la historia de la lengua castellana. Toda pretensión de insistir en los superficiales empirismos de las **gramaticalerías** al uso, deberá ser terminante y definitivamente rechazada. Una disciplina que surge y se forma en un ambiente severamente, rigurosamente científico, ni puede, ni debe vivir en reprobables contactos con espíritus ayunos de toda seria inclinación por el culto de la verdad.

Ahora bien, ¿cuáles han debido ser los pasos preliminares dados para que en el ambiente de la Lingüística románica se desarrollaran en espléndida floración las gramáticas históricas de los particulares romances? Debo comenzar advirtiendo que lo que ha ocurrido es precisamente lo que ha debido ocurrir, lo que ha sido convenientísimo que ocurriera. Se ha comenzado por sentar los cimientos antes de levantar el edificio: es decir, se ha comenzado por someter a una adecuada labor histórico-comparativa todos los romances (al menos, todos los conocidos y estudiados en los primeros momentos) antes de acometer la empresa de los estudios singulares y monográficos histórico-gramaticales de cada lengua neo-latina particular. En una palabra, han precedido las generales exposiciones de lingüística y filología románicas a la aparición de las singulares gramáticas históricas de cada romance en particular considerado. Díez y Meyer-Lübke preceden y abren ruta a Menéndez Pidal y a Cuervo.

Y no se piense que en este orden de relaciones el de factores no altere el producto. Aquí ese postulado no es admisible. Sólo en el total horizonte glótico de la Romania pueden todos y cada uno de los romances destacarse, articularse y fundamentarse sólidamente en sus propios cimientos. Si, en cambio, para estas consideraciones y para estas tareas hubiéramos partido de la contemplación parcial y, por ende, incompleta de un solo romance, o de muy pocos más, habríamos siempre estado expuestos a no concebir la fase románica, ni por tanto, la fase romance del latín en su real integridad, derivando de tan parcial concepción posteriormente los más lamentables resultados

hasta para el estudio particular de cualquier romance especialmente seleccionado y utilizado en nuestras investigaciones. Sabido es que “para mirar de cerca y profundamente”, hay que comenzar contemplando las lontananzas, abarcando los más amplios y comprensivos horizontes mentales. La pretensión sostenida algún tiempo por Niedermann de explicar el latín por el latín únicamente, no es admitida ya ni siquiera como una prudencial reserva pedagógica. El latín que conocemos en su comparación con el griego y con los principales idiomas indoeuropeos, es, sin duda, un latín más real, más esencial, más objetivo que el que se aprende no extendiendo la mirada más allá de las creaciones de un César, de un Salustio o de un Cicerón. Se reconocerá, cuando menos, que intentar ver una lengua en relación con sus afines y contrarias o diversas, es, sin duda, abarcar una esencial faceta de tal idioma, oculta o ignorada para quienes se entregan a la falible suposición de que el objeto de su estudio ha vivido en el mundo como **prolem sine matre creatam** y como fantasma sin conexión, ni contacto alguno con ninguna otra realidad histórica humana.

Mas vistas las realidades por conocer en el plan cósmico de que forman parte, ¡qué aleccionador resulta luego su estudio particularizado y morosamente minucioso! Llevando a cada una de ellas la visión del conjunto de que forman parte, lograremos verlas unguadas y transidas de significación universal en su especificidad concreta, con una luz interior de la que ciertamente se ofrecen ayunas las contempladas en el mero ambiente de la mutilación abstractiva.

Porque creemos de incuestionable exactitud las aseveraciones precedentes, suponemos también que deben hallar la atenuación de las justificadas excusas determinados y explicables yerros de los comparatistas. Sin duda, la contemplación del bosque, no permite siempre percibir con toda la necesaria exactitud las características diferenciales del árbol más próximo al contemplador, pero esa deficiencia explicable y fácilmente evitada u obviada, digna, desde luego, siempre y en todo caso de la necesaria rectificación, no nos debe inclinar a que renunciemos a las vistas panorámicas para pasarnos la vida inclinados sobre la lente de un microscopio. Cuervo en su **Castellano Popular y Castellano Literario** dice, tratando temas fundamentales de acentuación, en la página 243 de su citada obra y después de citar un pasaje de la **Grammatik der romanischen Spra-**

chen, de Meyer Lübke: “es lástima que este docto escritor no haya tenido una guía segura para el castellano: sin salir de este capítulo apuntaré que da como esdrújulas las voces **loriga** y **cicuta**, y como grave **sotil**”. Hasta aquí el maestro Cuervo: comentando y recogiendo sus aseveraciones, podremos lamentar y, sobre todo, rectificar inmediatamente los erróneos asertos impugnados por el insigne lingüista bogotano. Ni **loriga** ni **cicuta** son esdrújulos, sino graves, ni **sotis** es grave, sino agudo. Tuve ocasión de conocer personalmente en mi vida profesional en la Universidad de Salamanca al profesor Meyer-Lübke, y recuerdo que su castellano no era muy agradable, sino harto defectuoso. No me extrañan, pues, los yerros notados, pero los atenúo en la compensación que el censurado nos ofrece con su magistral obra citada.

Claro es que no sólo la obra mencionada sirve para cimentar la fama y los prestigios del citado lingüista. Pero advertimos además que dicha producción apareció en Leipzig por los años 1890-1902. La traducción francesa de ese repertorio lingüístico lleva el rútilo: **Grammaire des langues romanes** (Paris, 1890-1906). Con la **Grammatik** citada, comparte la unánime estimación de los sabios el Diccionario titulado **Romanisches etymologisches Wörterbuch, Heildelberg**, 1911-1919; tercera edición 1930 y ss. (Sammlung romanischer Elementar und Handbücher, 3, 3). También deberemos notar que Meyer-Lübke es un autorizado representante de la dirección monográfico-lingüística en su **Historische Grammatik der franzosischen Sprache**; 1. Teil (2ª ed.), Heildelberg, 1913; 2 Teil, 1921 (Sammlung romanisches Elementar - und Handbücher, 1, 2). Pero hasta en este caso, el citado maestro comienza por cimentar sus labores de gramática histórica del francés en las previas y fundamentales de gramática comparada de las lenguas romances. Las fechas de las respectivas publicaciones mencionadas acreditan la exactitud de nuestra última aseveración. Creemos sinceramente que no se ha dado al aspecto que aquí destacamos, toda la valoración que puede, debe y merece alcanzar.

También tienen, pues, sus fallas y sus limitaciones las ojeadas a vista de águila, pero... **hay que navegar** y no deberemos renunciar nunca a la navegación de altura. Cuando las visiones de conjunto no consienten percibir muy concretas realidades, que éstas sean con toda puntualidad determinadas por quienes sean y puedan entregarse a tales inexcusables deter-

minaciones. Pero insistimos en que para recluirse en limitados horizontes doctrinales y científicos, hay que haber previamente saturado el alma de visiones de universalidad, o cuando menos, de fundamental generalidad.

Cumpliendo este requisito inexcusable, la labor especializada **marchará sobre ruedas**, si se nos permite la expresión, en gracia a su plasticidad evocadora. Y adviértase que en tal supuesto, las ventajas que cabe obtener pueden graduarse en dos diferentes y capitales sectores: en el de la especialidad, en primer término, desde luego, y después en el de la universalidad o generalidad antes mencionadas. Es decir, que podamos profundizar en el estudio de un idioma después de filiar éste en su propio ambiente glótico, viene a iluminar el mismo ambiente iluminador, en reciprocidad de consecuencias doctrinales tan equitativas como explicables. Ver el castellano en el panorama de la Lingüística románica es tan beneficioso para el castellano, como, en definitiva, para la propia Lingüística románica, gratos resultados que acreditan los hechos de la experiencia científica de estos últimos decenios. Hasta que no se aplicaron estrictos criterios de Lingüística general y de Lingüística románica al estudio de nuestra lengua, ésta fue concebida en posiciones doctrinales que en gran parte no superaban los prejuicios renacentistas de un Marineo Sículo, o de un Hernán Núñez. Mas una vez aplicadas la Lingüística general y la Lingüística románica al estudio del castellano, como al de los demás idiomas romances, cada uno de éstos descubrió insospechadas perspectivas, que, a su vez, pudieron ser enlazadas en nuevas visiones de conjunto.

La lingüística románica construída por un autor tan esclarecido como Bourciez, presenta lineamientos más firmes, estructuras mejor fraguadas que los lineamientos y las estructuras que se acusan en las producciones clásicas ya de Díez o de Meyer-Lübke. ¿Por qué? La explicación es obvia e inmediatamente asequible. El primero de los autores en último término citados, no sólo recoge piadosa y discretamente la labor realizada por sus gloriosos precursores, sino que puede continuarla y completarla, rectificándola con la aportación siempre valiosísima de los especialistas. Ya el mencionado Bourciez puede beneficiarse de los resultados que cosechan los primeros autorizados tratadistas de gramáticas históricas, de romances parti-

culares, alcanzando así una posición notoriamente más ventajosa que la de sus esclarecidos precursores también citados.

Guardando las debidas proporciones, acontece algo semejante a los autores de monografías con los de tratados de disciplinas en su integridad desarrolladas y cimentadas: aquellos no hallan verdadero punto de partida sino en las labores de éstos, quienes, a su vez, se benefician considerablemente en sus maduras reconstrucciones con los trabajos monográficos de sus continuadores. Mas adviértase que aun siendo a todas luces notoria la reciprocidad advertida, que es prenda de razonable división e integración del trabajo científico, siempre habrá que buscar la prioridad propuesta de las concepciones de la Lingüística romántica sobre sus fecundas aplicaciones en el campo de las gramáticas históricas particulares de los distintos romances. Como hemos visto, semejante prioridad va cimentada en inexcusables exigencias de los procesos mentales cumplidos en la plenitud de las garantías que para su total eficacia demanda el pensamiento científico.

Pues bien, en el ambiente que tratan de evocar todas las anteriores consideraciones, apareció en el primer decenio del siglo presente, el **Manual de Gramática Histórica Española**, del maestro Ramón Menéndez Pidal, al que pensamos dedicar una buena parte de nuestras modestas "charlas" en esta monografía. Recuerdo con la fijeza de las impresiones de la madurez de la vida, el efecto que la citada obra me produjo y produjo en mi patria. La producción citada aparecía con la sobriedad un tanto medulosa de su autor, mas ciertamente sin precisos precedentes en la literatura lingüística española de fines del siglo anterior, notoriamente pobre. No se necesitaba estar dotado de extraordinaria acuidad de visión mental para advertir en seguida que el librito de referencia, que recataba sus verdades en la modesta rotulación de **Manual de Gramática Histórica**, podría y debería convertirse en fermento de una profunda renovación científica. Recuerdo a este propósito que comentando la aparición de ésta y otras obras, posteriores a ella, del maestro M. Pidal con el sabio químico, distinguido literato y hombre de ciencia don José de Carracido (muerto no hace muchos años para grave pérdida de la cultura hispana), hube de oír al insigne científico últimamente citado esta terminante y, en buena parte, justa apreciación: "Con M. Pidal y con sus trabajos filológicos y lingüísticos se abre definitivamente en España

la era científica de los estudios literarios, gloriosamente preparada por la genial labor de Marcelino Menéndez Pelayo". Cree el que esto escribe que, aunque el juicio indicado, recogido casi en las mismas palabras con que fue por su autor expuesto, pueda merecer y demandar glosas y complementos aclaratorios, en buena parte refleja una verdad tan indiscutible como la existencia de una escuela formada por M. Pidal y en la que figuran científicos tan prestigiosos y universalmente respetados como F. Onís, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Amado Alonso, A. Rosenblat, Espinosa, Lapesa, Serís, etc. Todos estos hechos, y hechos venturosos en la cultura hispánica moderna, guardan estrecha relación con la aparición del librito mencionado que ha de servir de ocasión, de estímulo y de enseñanza en estas modestas glosas.

Debo advertir ahora incidentalmente que quienes necesitan recoger amplias y precisas referencias de la labor literaria y científica del maestro M. Pidal, hallarán plenamente satisfechos sus deseos en la bibliografía de Arteta, que figura en uno de los tomos del **Homenaje** que rendimos no hace muchos años al mismo don Ramón (1). Si, como advierto en la nota precedente, la citada bibliografía ha sido ampliada y completada con posterioridad a la redacción del mencionado "Homenaje", en el extremo de la información bibliográfica de las producciones de M. Pidal, las exigencias más descontentadizas podrán ser seriamente colmadas.

Y del **Manual** a que hemos especialmente de referirnos en nuestro estudio, dispongo al ordenar estas notas de las siguientes incompletas referencias. La advertencia a la segunda edición aparece fechada en septiembre de 1905; la correspondiente a la cuarta, en enero de 1918; la respectiva de la quinta, en agosto de 1925 y, en fin, la de la sexta y última hasta el día, en junio de 1940. Esta sexta edición, que es la que aquí utilizare-

(1) "Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal". Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos. Tres vols. Madrid, 1925, editorial Hernando. En el tomo tercero de dicho "Homenaje" (= H. M. P.) y a las páginas 655-674, figura la "Bibliografía de Ramón Menéndez Pidal", por G. Arteta y Errastre. Creo recordar que, recientemente, la continuación de esa labor bibliográfica ha sido encomendada a D. Homero Serís, pero en el momento de trazar estas referencias, no me es posible precisar más este último dato. He visto sólo últimamente mención de tal labor en estas palabras de Iorgu Iordan (op. cit. pág. 44 n. 2) referentes al Homenaje aquí citado: "The bibliography of the master's works up to 1925 takes up pages 655-674 of the volume". (Iorgu Iordan omite advertir que se trata del tercer volumen de dicho hermoso "Homenaje"). A supplement to this bibliography was brought out in 1931. (Cl Zeitschrift rom. Phil., LIV (1934) p. 326 t.)"

mos y glosaremos y de la que hay ejemplares en esta capital, fue publicada por la editorial Espasa-Calpe en Madrid (España), el año 1941. Como veremos, esta edición última, que sospechamos no haya sido revisada y corregida directamente por el autor, presenta algunas erratas, que merecen ser notadas y rectificadas. Y de la obra a que venimos refiriéndonos en sus distintas ediciones hasta la fecha publicadas, han merecido varias autorizadísimas reseñas que enumeramos a continuación: de Morel-Fatio (Romania, XXXIII, 270); de E. Merimée (Bulletin Hispanique, VI, 74); de A. R. Goncalves Vianne (Revue Hispanique, X, 608); de A. Wallens Kold (Neuphilologische Mitteilungen, 1904, p. 115); de H. Morf (Arch. für das Studium der neuren Sprachen, 1904, p. 239); de J. Leite de Vasconcellos (Revista Pedagógica, Lisboa, 29 Janeiro, 1905); de J. Jud y A. Steiger (Romania, XLVIII); de J. Ronjat (Revue Hispanique, LXXVII, 1929, pp. 121-155); de F. Krüger (Arch. Für des Studium der neveren Sprochen, CXLV, 1923, 128-130), y de P. Fouché (Revue Hispanique, LXXVII, 1929, pp. 121-155). Debo advertir también que para la última edición citada del "Manual" que anotamos, ha podido utilizar su autor el copioso y selectísimo material por el mismo maestro recogido y elaborado en sus "Orígenes del español. Estudio lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI". Anejo I de la RFE. Madrid, 1926, 2ª edición, con adiciones y correcciones: Madrid, 1929. La circunstancia aquí ahora registrada da a la sexta edición del "Manual de gramática histórica" mencionado una manifiesta base de preferencia sobre todas y cada una de las restantes ediciones de dicha obra (1).

(1) Una más precisa enumeración de ediciones del "Manual" citado puede y acaso debe ser incluída en esta nota:

—Manual elemental de Gramática histórica española. Madrid, Victoriano Suárez, 1904, 8º, 283 págs. Vid.: Martineneche, E. Revue des Langues Romanes, 1904, XLVII 381-382.

—Manual elemental de Gramática histórica española. Segunda edición. Madrid, Victoriano Suárez, 1905, 8º VII-272 pp. Vid.: Romania, 1906, XXXV, 158. Martineneche, E. Revue des Langues Romanes, 1906, XLIX, 247-248.

—Manual elemental de Gramática Histórica española. Madrid, Victoriano Suárez, 1914, 4º, VII-269 págs. (Reimpresión de la segunda edición).

—Manual elemental de Gramática histórica española. Cuarta edición, corregida y aumentada. Madrid, 1918, Victoriano Suárez 8º, 295 págs. Vid.: J. da S. C.; Revista de Historia, Lisboa, 1919, VIII, 157-158.

—Manual de Gramática histórica española. 5ª edición, corregida y aumentada. Madrid, Libro de V. Suárez, 1925, 8º VII-325.

Manual de Gramática histórica española. 6ª edición corregida y aumentada. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1941, VII-369 págs.

En los textos de Lingüística general y aún en los de Lingüística románica que tienen más aceptación entre los estudiosos, suele utilizarse la cuarta edición del "Manual" citado; así ocurre en la obra clásica, ya mencionada, de Edouard Bourciez "Elements de Lingüistique romane", ouvrage couronné pour l'Institut (Prix Volney), Deuxieme édition refondue et complétée, Paris, Librairie C. Klincksieck, 1923 y en la de L. Bloomfield, "Language" New York, Henry Holt and Company, novbre. 1943. Resumiendo podremos hacer constar, en vista de los antecedentes expuestos, que la obra aquí anotada ha logrado la no muy corriente fortuna en las producciones estrictamente científicas en lengua española, de alcanzar en cuatro decenios escasos, en poco más de tres, seis ediciones, y referencias y comentarios de autorizados especialistas en las publicaciones periódicas más prestigiosas de Lingüística y Filología románicas. En un texto como el de referencia, al que hemos atribuido cierta muy característica sobriedad, concisión **medulosa**, rayana en ocasiones en formas de expresión un tanto obscuras, no hay que decir que los indicados resultados son muy singularmente significativos.

La obra que estamos glosando, se recomienda, pues, por sus valiosísimas condiciones intrínsecas, sin duda alguna, más que por su apariencia externa, en la que no hallamos vestigio de la menor concesión a las debilidades o flaquezas del lector, que todavía piensa en la posibilidad de un latín, de un griego o de una gramática sin lágrimas, sin esfuerzo abnegado.

También convendrá advertir que el "Manual" de referencia, en sus varias reimpressiones, no ha hallado antagonistas de consideración en el campo siempre no muy espigado de la Literatura científico-lingüística española. Me permitiré en momento oportuno dar a cuantos me lean sobrias indicaciones de la Bibliografía más autorizada y más corriente de la gramática histórica castellana o española, y para ese instante reservo la prueba plena de la afirmación que aquí he sentado con un cierto tono, poco grato, de dogmatismo ancestral. Mas para atenuar esa nada recomendable apariencia, adviértase que la misma bondad intrínseca de la obra a que venimos refiriéndonos, explica y justifica su siempre honrosísima situación de aislamiento y de posición señera en la especie literario-científica a que pertenece. El "Manual" que glosamos y glosaremos ha estado destinado más a impulsar las labores estrictamente mo-

nográficas que a provocar emulaciones, en no pocos casos inconducentes. Sin embargo, no se dé a nuestras últimas afirmaciones un valor absoluto que, en realidad, no les corresponde. No han dejado de aparecer tratados de Gramática histórica del castellano o español después de publicadas la primera y las sucesivas ediciones del "Manual" de M. Pidal, pero se reconocerá que esas aparentes excepciones, confirman la regla general sentada. Ninguno de esos escasos antagonistas ha puesto en peligro la pujante vida en el campo científico del "Manual" que glosamos. Y para probar nuestro aserto, citamos a título de **specimen** y siempre con el debido respeto la obra muy estimable ciertamente titulada "Gramática histórica de la lengua española para el 6º año de Bachillerato" por Eusebio Hernández García, profesor de Lingüística histórica española en la Universidad privada de Deusto, Orense "La Industria", 1933. Ha sido reseñada esta producción por B. Botero, C. M. en *Latina Fides*, An. I, Fasc. I, pág. 19. La gramática histórica del P. Hernández García ha sido concebida y escrita utilizando la labor previa de M. Pidal, pero creemos que no aventaja, ni mejora ese prestigioso precedente, sin duda porque, como la misma portada transcrita indica, en la obra de referencia se ha intentado capitalmente subvenir a las necesidades de dar contestaciones satisfactorias y cumplidas al cuestionario de Lengua española del sexto curso del Bachillerato español. No necesitamos advertir que esa finalidad práctica, sin duda, respetable, se erigirá en invencible restricción y obstáculo para dar a la labor doctrinal todos los desenvolvimientos de que es susceptible en un ambiente rigurosamente científico y universitario. Creemos también que a esa misma circunstancia se debe, que en el texto del P. Hernández García no sea tratada la sintaxis, faceta doctrinal en que pudo muy provechosamente ser completada la gramática histórica de M. Pidal, que no abarca más que los tratados de Fonética y Morfología, como es sabido.

Aunque pudiera todavía explicarse mejor esa carencia común a los tratados de gramática histórica de Hernández García y de M. Pidal de una tan fundamental doctrina lingüística, como la doctrina sintáctica, por razones de otra índole, porque precisamente los estudios de Lingüística general indo-europea estuvieron mucho tiempo limitados al campo de la Fonética, de la Fonología, de la Semántica y de la Morfología. No puede, ni

debe extrañar que eso ocurriera, porque cabalmente la Fonética, la Semántica y la Morfología presentan aspectos con más facilidad asequibles a la comparación lingüística que la Sintaxis: es así posterior, natural y necesariamente, la labor de un Delbrück a la de un Rask, un Bopp o un Grimm (1).

(1) Aun con mencionada laguna, que parece haber ya salvado el maestro M. Pidal en sus últimas labores todavía inéditas, el "Manual" citado es utilísimo y acreedor a las rectificaciones prosódicas que nos permitimos proponer a continuación.